

A vino nuevo, odres nuevos

Si algo tenemos claro es que hemos sido constituidos “*luz del mundo, sal de la tierra*” (cfr. Mt 5, 14). Nuestra vida no debe ser insípida, sosa, sin contenido. Debemos mostrar con nuestra fe y con nuestras obras la presencia del Reino de Dios en medio de nuestra historia, de nuestras calles, en nuestro mundo: “*Cristo puede ser testimoniado por quienes han hecho una experiencia personal de Él, en la oración y en la Iglesia, a través de un camino que tiene su fundamento en el Bautismo, su alimento en la Eucaristía, su sello en la Confirmación, su constante conversión en la Penitencia. Gracias a este camino, siempre guiado por la Palabra de Dios, todo cristiano puede transformarse en testigo de Jesús resucitado*” (Papa Francisco).

Pero no se trata de aportar nuestras ideas personales para mejorar la sociedad o la economía, para hacer más fraternas las relaciones sociales o menos injustas las desigualdades sociales. La participación en la vida de Dios nos impulsa a hablar “*en nombre de*”. Inserto en nuestro ser cristiano está el carisma de la profecía. Somos enviadas a nuestro mundo para hablar en nombre de Dios. Nos reconocemos torpes y débiles, sencillas... ¡poco podemos hacer nosotras! Pero nos fiamos por el significado de lo que queremos anunciar: a Dios mismo.

De este modo, a lo largo de este curso, iremos juntas profundizando en diferentes aspectos del Profetismo en Israel y en la primitiva Iglesia, que nos ayudarán a despertar y avivar en nosotras esta realidad en la que hemos sido constituidas desde nuestro propio bautismo: como sacerdotes, profetas y reyes. ¡Dios está continuamente buscándonos! Misteriosamente tiene sed de nuestro amor... y por eso su búsqueda reviste formas humanas, para que podamos llegar realmente a encontrarle: “*Por medio de hombres y al modo humano Dios nos habla, porque hablando así nos busca*”. (San Agustín).

El punto de partida es nuestra radical pobreza. “*Se siente una paz tan grande al saberse absolutamente pobre*”, clamaba Santa Teresa de Lisieux. Es el sentimiento capaz de hacerte entender lo absolutamente necesitado que estás de ayuda y ánimos. El soberbio se cree capaz de todo, el humilde sabe que solo no puede con nada. Por eso Dios desprecia a los soberbios y enaltece a los humildes, como cantamos cada tarde en el Magnificat. Las palabras de Dios encienden el corazón, movilizan la caridad, posibilitan la esperanza. Nuestras palabras se quedan, tantas veces, vacías; son palabras que se han usado para criticar, enfrentar, dividir, enemistar... En cambio las palabras que salen de la boca de Dios mueven a la conversión, a la entrega, al sentimiento sincero del seguimiento a Cristo; sus palabras convocan, construyen y mantienen la Iglesia. Las nuestras, en cambio, cuántas veces han servido para dividir. “*Adonde yo te envíe, irás; lo que yo te mande, lo dirás*” (Jr 1, 7).

Al igual que los profetas, nos sentimos pequeñas y débiles. ¿Cómo vamos a saber afrontar esta situación de relativismo religioso y moral? ¿Cómo vamos a poder convertir a Dios el corazón de alguien? ¿Cómo vamos a ser capaces de hacernos entender en un mundo que tiene unas claves tan distintas a las nuestras? La misión nos supera, infunde temor, nos sentimos incapaces. No sólo conocemos sino que reconocemos nuestra limitación. Pero nos sentimos enviadas, impulsadas, animadas del mismo Dios. Más aún, notamos cómo el Señor nos va cambiando por dentro para poder ser realmente un buen instrumento en sus manos. “*Yo decía: No volveré a recordarlo, ni hablaré más en*

su Nombre. Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía.” (Jr 20, 9).

Sus palabras son las nuestras, su Espíritu vive dentro de nosotras, su fuego es pasión en nuestra existencia. Pero este camino requiere cada día de la conversión: ¡Hemos sido llamadas, enviadas! Esta realidad nos exige avanzar en este camino de amistad profunda y sincera con el mismo Dios al que proclamamos con nuestras vidas. En el diálogo entre Dios y Moisés se vislumbra esta especial relación: “*Yahvé hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo*” (Ex 33, 11). En razón de esa intimidad Dios le revela su voluntad, su palabra.

Pero hay que ser realistas. La misión puede llevar al cansancio, a la tentación de abandono. Enseguida comprobamos si hay o no frutos, queremos ver resultados. Si las cosas no salen como planeábamos tendemos a buscar culpables ¿Dios, que me ha enviado? ¿Los demás, que no me han escuchado? La tentación del fracaso está presente. Además se suma que no siempre nos querrán escuchar, muchos preferirán permanecer sordos a la llamada, no convertirse de su actitud: “*No profeticéis sinceramente; decidnos cosas halagüeñas, profetizad ilusiones*” (Is. 30, 10). De ahí la necesidad de permanecer fieles a nuestra misión, con la ayuda de los sacramentos, de nuestras hermanas, de la fuerza del Espíritu.

Toda profecía es anuncio de un mañana esperanzador, es un camino que tiene meta. ¿Dónde descubrirlo? Sin duda, en la Iglesia. Es la profecía hecha realidad: una comunidad basada en la caridad más profunda, convocada por la Resurrección, que celebra la fe en el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Sus frutos son el amor fraterno, la entrega, la disponibilidad. Su pasión es anunciar y proclamar el Reino de Dios, cuyas claves son las bienaventuranzas. Es algo que anunciamos y vivimos pero que nos supera. Es un don que responde totalmente a nuestras necesidades vitales, el agua que sacia nuestra sed más profunda y salta hasta la vida eterna.

Tenemos que ser profetas. Nos lo exigen nuestro bautismo y compromiso eclesial. Un mundo que cada día necesita más de Dios necesita testigos de ese amor que tanto se añora ¡No podemos permanecer al margen! Nuestra vocación de profetas no hará más que ser una fiel respuesta al mismo querer divino: “*Como bajan la lluvia y la nieve del cielo y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar; para que de semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra, que sale de mi boca: no volverá a mi vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo*” (Is 55, 10-11).